

les representa cruel y temible hasta la misma Nada, que poblaron de sombras. Mira esos frontones, esos campanarios, esas cúpulas, esas cresterías rematadas por una cruz resplandeciente. Los hombres adoran al demiurgo que los ha condenado a una vida más triste que la muerte, y a una muerte más lamentable que la vida.

Zita permaneció silenciosa largo rato, y dijo al fin:

—Arcadio, ha llegado la hora de hacerte una revelación. Óyeme: no fueron las ansias de una justicia más justa y una ley más honrada la que precipitó a Ithuriel sobre la Tierra. La ambición, las necias intrigas, el ansia de riquezas y honores, me hacían insoportable la paz del Cielo, y quise intervenir en las agitaciones febriles de los hombres. Me valí de recursos desconocidos por la inmensa mayoría de los ángeles, y supe formarme un cuerpo que, trocando a mi antojo el sexo y la edad, me permitió conocer las más variadas y sorprendentes fortunas. Cien veces ocupé un rango ilustre entre los árbitros del momento, los reyes del oro y los príncipes de las muchedumbres; no te revelaré, Arcadio, los nombres famosos que yo he usado, y te bastará saber que influí por las ciencias, por las artes, por el dominio, por la riqueza, por la hermosura, en todas las naciones del mundo; y hace pocos años, en un viaje a través de Francia bajo las apariencias de una famosa extranjera, mientras vagaba una tarde por el bosque de Montmorency, oí una flauta que recordaba las tristezas del Cielo. Su voz pura y doliente me desgarró el alma. No había oído jamás nada tan delicioso. Con los ojos llenos de lágrimas, angustiada y sollozante, me acerqué, y vi en un calvero a un anciano semejante a un fauno, que manejaba un rústico instrumento. Era Nectario. Arrojéme a sus pies, besé luego sus manos y su boca divina; y huí... Desde

entonces comprendo la pequeñez de las grandezas humanas. Ante la tumultuosa vanidad de todo terrenal propósito, humillada por mi enorme trabajo inútil y resuelta a satisfacer mi ambición en mayores empresas, alcé los ojos hacia mi patria sublime y me prometí entrar en ella como un libertador. Renuncié a toda clase de jerarquías, a las riquezas, a los amigos, a la turba de aduladores, y transformada en la humilde Zita, pobre y sola trabajé por la liberación de los cielos.

—También yo he oído la flauta de Nectario—dijo el ángel de Mauricio—; pero ¿quién será ese anciano jardinero que saca de un rústico instrumento de madera voces tan conmovedoras y sublimes?

—Pronto lo sabrás—respondió Zita.

CAPÍTULO XVI

Donde aparecen Mira la adivinadora, Ceferina y el funesto Amadeo, y donde se ilustra, con el ejemplo terrible del señor Sarricte, lo que dijo Eurípides: «Júpiter ciega a los que quiere perder.»

Descorazonado por no encontrar apoyo en las ideas religiosas de un eclesiástico tenido en mucha estima, y sin esperanza de recobrar a su ángel por la ortodoxia, Mauricio no dudó en recurrir a las ciencias ocultas, y fué a consultar a una adivinadora. No se dirigió entonces a madame de Thebes, porque ya le había consultado sus primeras ansias amorosas, y dedujo de sus pru-

dentes consejos que no era bruja. Por este motivo recurrió a una sonámbula famosa: Mira.

Tuvo noticia de varias experiencias que probaban la extraordinaria lucidez de Mira, y supo que bastaba presentarle un objeto que hubiera sido usado o tocado por el ausente sobre quien era necesario atraer sus miradas traslúcidas. Rebuscando Mauricio algo de lo que pudo tocar el ángel desde su malaventurada encarnación, recordó que en su desnudez paradisíaca estuvo sentado sobre unas medias negras de la señora de Aubels, a la cual ayudó a vestirse y calzarse. Mauricio pidió a Gilberta cualquiera de los talismanes exigidos por la adivinadora; pero Gilberta no pudo encontrar ninguno, a no ser que lo fuera ella misma, ya que se había propasado el ángel hasta un límite de notoria indiscreción, tan diestramente que no la permitió evitar sus manipulaciones. Al oír esta confesión, aun cuando no debía sorprenderle, Mauricio se indignó contra el ángel, aplicóle de pronto los nombres de las bestias más viles y se prometió darle un puntapié así que lo tuviese a su alcance; pero al punto sus furores se revolvieron contra la señora de Aubels, acusóla de haber provocado las insolencias que tardíamente denunciaba y le aplicó furioso todos los nombres de la zoológia que simbolizan el impudor y la perversidad. El interés que Arcadio le inspiraba se aguzó más y más, y el joven abandonado, con los brazos extendidos y de rodillas, imploró a su ángel con lágrimas y suspiros.

En sus noches de insomnio Mauricio imaginaba que los libros hojeados por el ángel pudieran servirle de talismán; por esto se decidió a subir a la biblioteca una mañana, y saludó al señor Sariette, que hacía papeletas bajo la romántica mirada de Alejandro d'Esparvieu. Con

el rostro cubierto de una palidez mortal, el señor Sariette sonreía satisfecho de que ninguna mano invisible revolviera los libros encomendados a su custodia en la biblioteca, donde todo yacía otra vez en orden perfecto y en tranquilidad absoluta. El señor Sariette sentíase dichoso, pero como sus inquietudes agotaron sus fuerzas, se hallaba reducido a una sombra leve y tranquila.

»Nos mata en plena dicha el infortunio viejo.»

—Señor Sariette—dijo Mauricio—. ¿Recuerda usted aquellos días en que muchos librotos de los alineados en esas tablas se agitaban removidos, arrebatados, traqueteados, deshojados, y huían a la desbandada, hasta caer algunos en el arroyo de la calle Palatine? ¿Entonces yo era feliz!... Señor Sariette, ¿quiere usted indicarme cuáles fueron los volúmenes más volanderos?

Esta pregunta trastornó al bibliotecario de tal modo, que Mauricio tuvo que repetirla tres veces para obtener una respuesta; y se enteró al fin de que un antiquísimo Talmud de Jerusalem había sido muy resobado por los dedos inasequibles; que un Evangelio apócrifo del siglo III, compuesto de veinte hojas de papiro, desapareció varias veces, y que la correspondencia de Gassendi fué bastante manoseada.

—Pero—añadió el señor Sariette—sin duda alguna el misterioso visitante leía con preferencia el *Lucrecio*, encuadernado en tafílete rojo, con el escudo nobiliario de Felipe de Vendome y con notas marginales de Voltaire, quien, como es muy sabido, frecuentaba el Temple en su juventud. El terrible lector que me ha ocasionado tantísimas desazones, no se cansaba de nuestro *Lucrecio*, y pudiera decirse que lo había convertido en su

breviario. Esto me prueba su buen gusto, porque ese librito es una joya. Por desgracia el monstruo invisible manchó la página 137 con una gota de tinta que todos los químicos del mundo no lograrían borrar.

Y al decir esto, el señor Sariette lanzó un profundo suspiro. Lamentábase ya de haber estado tan explícito, cuando el joven d'Esparvieu pidió que le mostrara el ejemplar de *Lucrecio*. En vano el celoso bibliotecario sostuvo que no podía mostrarlo por hallarse aquel precioso libro en casa del encuadernador; Mauricio le dió a entender que adivinaba el engaño; dirigióse resueltamente hacia la sala de los Filósofos y de las Esferas, tomó asiento en un sillón, y dijo:

—Aquí espero.

El señor Sariette ofrecióle otra edición del poeta latino; esforzóse para convencerle de que las había más correctas en su texto y, por consiguiente, preferibles para el estudio. Le brindó el *Lucrecio* de Barbou, el *Lucrecio* de Coustelier y, con preferencia, una traducción francesa. Podía elegir entre la del barón de Coutures, algo anticuada tal vez, la de La Grange, las de las colecciones de Nisard y Panckouke, y dos versiones de muy notoria elegancia, una en verso y otra en prosa, debidas ambas al señor de Pongerville, de la Academia Francesa.

—Para nada necesito yo traducciones—exclamó soberbiamente Mauricio—; deme usted el ejemplar de Felipe de Vendome.

El señor Sariette se dirigió lentamente al armario donde aquella joya estaba encerrada; el manojito de llaves resonaba estremecido, pendiente de sus dedos temblorosos; lo acercó a la cerradura y de pronto lo apartó, mientras proponía a Mauricio el vulgar *Lucrecio* de la colección Garnier.

—Es muy manejable—dijo con una sonrisa bondadosa.

Pero el despreciativo silencio del joven d'Esparvieu le hizo comprender que toda resistencia era inútil. Lentamente sacó el libro del estante, y después de comprobar que no había ni un átomo de polvo sobre el tapete de la mesa, lo depositó allí, rendido a los imperiosos deseos del nieto de Alejandro.

Mauricio cogió aquel pequeño libro para hojearlo, y en la página 137 contempló una mancha de tinta violeta, del tamaño de un guisante.

—Ahí está—dijo el viejo Sariette, que no apartaba los ojos de su *Lucrecio*—, ahí está la huella que dejaron los monstruos invisibles...

—¿Qué dice usted?—prorrumpió Mauricio—. ¿Eran varios?

—Lo ignoro. Y se me ocurre pensar que acaso no me asista el derecho a disponer de esa mancha que puede convertirse algún día en un monumento literario, como el borrón que Pablo Luis Courier dejó en el manuscrito de Florencia.

Apenas había pronunciado el viejo estas palabras, cuando repiqueteó el timbre de la puerta y resonaron tumultuosamente pasos y voces en la sala próxima. El señor Sariette acudió al ruido y vió entrar a la querida del pintor Guinardon, la vieja Ceferina, con los cabellos erizados como un nido de víboras, la faz congestionada, el pecho asmático, el vientre oscilante, poseída por el dolor y por la cólera. Y entre sollozos, suspiros, gemidos y mil ruidosas manifestaciones que reproducían todas las disonancias molestas de la tierra, el asombro de los seres y la confusión de las cosas, exclamó:

—¡Se ha escapado ese monstruo! ¡Se ha escapado con ella! ¡Y se han llevado cuanto había en la casa! ¡Solo sal-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

vé mi portamonedas con un franco y setenta céntimos! Minuciosa y confusamente le refirió que Miguel Guinardon la abandonaba para irse a vivir con Octavia, la hija de la panadera; y vomitó contra el infame torrentes de injurias.

—¡Un hombre al que sostuve con mi dinero durante cincuenta años! Porque yo he tenido *quibus*, muy buenas relaciones, ¡y de todo! Le saqué de la miseria, y ¡vea de qué modo me pagal! Tiene usted un amigo indecente! ¡Muy perezoso!... Hay que vestirle, como a un niño. ¡Tan borracho!... Un hombre despreciable. ¡Usted no le conoce, señor Sariette!... ¡Tan embusterol!... Pinta Giotto, ¿lo ignoraba usted? Giotto y Fra Angélicos y Grecos a granel, para ofrecerlos a los traficantes de pinturas; y también Fragonards y Baudouins... ¡Vaya! ¡Es un libertino, que no cree en Dios!... Y esto es lo más lamentable, señor Sariette, porque sin el temor de Dios...

Durante largo rato, Ceferina prodigó injurias al ausente, hasta que no pudo proseguir, extenuada y enronquecida, y entonces el señor Sariette aprovechó la oportunidad para decirle que se calmase y no perdiese la esperanza; Guinardon volvería; no es tan fácil olvidar cincuenta años de concordia y de unión...

Estas conciliadoras palabras provocaron furiosos nuevos, y Ceferina juró que nunca olvidaría tan enorme afrenta, que ya no recibiría jamás al monstruo en su casa por mucho que la rogase, y si le viese de rodillas le dejaría consumirse a sus pies.

—¿No comprende usted, señor Sariette, que le desprecio, que le odio, que me repugna?

Sesenta veces repitió sus altivas resoluciones, y juró sesenta veces que no admitiría más tratos con Guinardon y que no quería verle ni en pintura.

El señor Sariette se abstuvo ya de contradecir un propósito que juzgaba inquebrantable al verlo sostenido por tan firmes protestas, y lejos de censurar a Ceferina juzgó plausible su conducta. Presentó a la mujer abandonada horizontes más puros, la describió la fragilidad de los afectos humanos, la confortó para que renunciase a ellos y aconsejóla una resignación que Dios le tomaría en cuenta; luego añadió:

—Al fin y al cabo, su amigo no merece que se duela usted mucho de su abandono...

Le fué imposible continuar, porque Ceferina, lanzándose contra él como una fiera, le zarandeaba lindamente sujeto por la solapa de la levita

—¡Que no me duela de su abandono!—vociferó ahogándose—. ¡Que no lo merece Miguel!... ¡Ah! caballero: búsqieme usted otro que sea tan alegre, tan amable, tan gracioso, que se muestre de continuo lozano y joven... ¡Que no me duela de su abandono! Bien se conoce que no ha practicado usted el amor, ¡viejo chochol

Mauricio se guardó en un bolsillo el precioso ejemplar de *Lucrecio*, y al pasar junto al bibliotecario tan fieramente sacudido, se despidió con un ligero saludo.

Provisto de aquel talismán, dirigióse a la plaza de las Ternes, donde la sonámbula Mira le recibió en un salón rojo y oro, en el cual no le fué posible advertir la presencia de un mochuelo, de un sapo, ni artefacto alguno de la magia antigua. Mira, con una bata de color ciruela y los cabellos empolvados, ya en plena madurez ofrecía muy buen aspecto. Sus palabras eran elocuentes, y se jactaba de adivinar las cosas ocultas con el auxilio de la ciencia, la filosofía y la religión. Estrechó entre sus manos el librito de taflete rojo, y con los ojos cerrados en apariencia, miraba disimuladamente el título

en latín y el escudo nobiliario cuya significación desconocía. Acostumbrada a recibir otra especie de indicios —pañuelos, cartas, cabellos—, no dedujo a qué clase de persona pudiera referirse aquel extraño libro, y su malicia profesional disfracó con un fingido asombro la sorpresa que la turbaba.

—Es muy extraño—murmuró—, ¡muy extraño!... No se me presenta con claridad... Entreveo una mujer...

Mientras pronunciaba esta frase incolora observó a hurtadillas el rostro de su cliente, y pudo adivinar un gesto despreciativo de disgusto. Segura de que iba por mal camino cambió inmediatamente de oráculo.

—Se ha desvanecido por completo... Es muy extraño, muy extraño... Ahora se aparece confusamente una forma indecisa, un ser indefinible...

Por el rabillo del ojo se cercioró de que sus palabras habían provocado un profundo interés; insistió en lo ambiguo de la persona y divagó acerca de la bruma que la rodeaba.

Entre tanto la visión iba precisándose insensiblemente y la adivinadora ya tenía un rastro por donde seguir adelante:

—Un amplio bulevar..., una plaza con una estatua..., una calle desierta..., una escalera... Allí se me presenta en una estancia de color azul... Es un joven de rostro pálido... Parece inquieto. Imagino que lamenta determinaciones que no se repetirían si las cosas se hicieran dos veces...

El esfuerzo de adivinación había sido excesivo, y el cansancio impidió a Mira continuar sus investigaciones trascendentes. Agotadas ya sus energías, recomendó con insistencia al que la consultaba que se mantuviera íntimamente ligado a Dios para recobrar lo que

había perdido y conseguir un triunfo en sus empresas.

Mauricio al irse dejó sobre la chimenea veinte francos, emocionado, turbado y persuadido de que Mira disfrutaba de sobrenaturales recursos, por desgracia insuficientes en aquella ocasión.

Al pie de la escalera recordó que había dejado el ejemplar de *Lucrecio* sobre la mesa de la sonámbula, y seguro de que el viejo maniático no sobreviviría a la pérdida del precioso librito, volvió a subir para recogerlo. De regreso en la casa paterna, se le apareció una fúnebre sombra: era el viejo Sاریette, cuya voz plañidera como un viento de noviembre reclamaba su *Lucrecio*. Mauricio lo sacó desdeñosamente del bolsillo de su gabán:

—No se apure tanto, señor Sاریette. ¡Ahí tiene usted esol

El bibliotecario llevóse oprimida contra su pecho la joya recobrada, y luego la colocó suavemente sobre el tapete azul de la mesa. Mientras se preocupaba de buscar un relicario digno de aquel tesoro tan estimable, un escondrijo inasequible, barajaba en su mollera proyectos de meticoloso conservador. Pero ¿quién de nosotros podrá vanagloriarse de un constante acierto? La previsión de los hombres puede fallar y su prudencia no siempre basta; los decretos de la fortuna son ineludibles; nadie consigue torcer su destino. No hay consejos ni precauciones que prevalezcan contra la fatalidad. ¡Somos tan infelices, que un oculto poder impulsador de los astros y de los átomos compone con nuestras vicisitudes el orden universal! ¡Nuestras desventuras conducen a la imperturbable armonía de los mundos!

Aquel día era el señalado para el encuadernador, que en el curso de las estaciones iba dos veces al año a la

biblioteca, bajo el signo de Aries y el de Libra. En semejantes fechas, desde muy temprano el señor Sariette preparaba los libros que debían encuadernarse; ponía sobre la mesa las nuevas adquisiciones en rústica merecedoras de ser empastadas, los viejos volúmenes que sufrieron algún deterioro, y los detallaba minuciosamente en una lista. A las cinco en punto un dependiente de Leger-Massieu, encuadernador establecido en la calle de la Abbaye, el viejo Amadeo, se presentaba en la biblioteca d'Esparvieu, y después de un doble recuento efectuado por el señor Sariette, apilaba los libros que debía llevarse y los cubría con una tela cuyas cuatro puntas anudaba fuertemente para cargárselos sobre un hombro. Al salir dirigía este saludo al bibliotecario:

—Buenas tardes, señor Sariette, y la compañía.

Luego bajaba la escalera.

Todo sucedió aquella tarde como de costumbre. Pero Amadeo incluyó maquinalmente en su atadizo el *Lucrecio* que se hallaba sobre la mesa, y se lo llevó entre los demás libros sin que se diese cuenta el señor Sariette, quien al salir de la sala de las Esferas y de los Filósofos habíase olvidado momentáneamente del libro cuya ausencia le causó durante algunas horas tan crueles inquietudes. Jueces severos pudieran reprochárselo como un descuido incomprensible, pero, ¿no es más lógico suponer que lo había ordenado así el Destino, que dispuso aquella casualidad insignificante, de tan espantosa trascendencia en los juicios de los hombres, como un recio eslabón de la cadena de sucesos inevitables? El bibliotecario, según acostumbraba, fué a comer a la lechería de Les Quatre-Eveques, y leyó el diario *La Cruz*. Estaba tranquilo y sereno. Ya no pensó en su *Lucrecio* hasta el día siguiente al entrar en la sala de los Filósofos

y de las Esferas. Como no lo encontró sobre la mesa lo buscó desasosegado sin que apareciera en parte alguna, y sin ocurrírsele que Amadeo pudo llevárselo inadvertidamente. Ofreciósele de pronto la idea del invisible visitante, y se sintió agitado por una turbación espantosa.

El desventurado señor Sariette oyó voces en el descansillo de la escalera; abrió la puerta y vió al niño de la casa, que lucía un kepis galoneado, y al grito de «¡Viva Francia!» lanzaba sobre imaginarios enemigos los paños, los plumeros y la cera de Hipólito. León se posesionaba de aquel descansillo en sus juegos marciales, lo prefería a todas las habitaciones donde pudo corretear; y algunas veces asaltaba la biblioteca. Ocurriósele de pronto al señor Sariette que acaso el niño cogió el precioso *Lucrecio* para convertirlo en proyectil, y fué a reclamárselo en tono amenazador. La criatura negaba y el bibliotecario recurrió a las promesas.

—Oye, León: si me devuelves el librito rojo, te daré bombones de chocolate.

El niño reflexionó, y por la tarde, cuando el señor Sariette bajaba la escalera le salió al encuentro para decirle:

—¡Ahí tiene usted el libro!

Le presentó un cuaderno de estampas hecho trizas y le reclamó los bombones de chocolate.

Al cabo de algunos días Mauricio recibió por el correo interior el prospecto de una Agencia de informaciones dirigida por un antiguo empleado de la prefectura que anunciaba discreción y actividad. Acudió a la Agencia, donde le recibió un hombre bigotudo, preocupado y triste, que después de pedirle garantía metálica le prometió buscar a la persona.

El antiguo empleado de la Prefectura le escribió a los pocos días para advertirle que había planteado costosas investigaciones y que necesitaba más dinero; pero Mauricio no se lo dió, resuelto a investigar por sí mismo. Supuso, no sin alguna verosimilitud, que su ángel debía relacionarse con miserables, puesto que no tenía dinero, y con los desterrados de todas las naciones, revolucionarios como él, y se dirigió a las posadas de Saint-Ouen, de la Chapelle, de Montmartre, del barrio de Italia, a los dormitorios de la cuerda, a las tabernas donde se venden raciones de gallinejas y a las que sirven platos de bazofia a quince céntimos, a los sótanos del Mercado y a casa del tío Momia.

Mauricio recorrió los comedores donde se reúnen anarquistas y nihilistas, encontró en ellos mujeres vestidas de hombres, hombres vestidos de mujeres, tristes o huraños adolescentes y octogenarios de ojos azules que reían como niños. Observó, interrogó, se hizo sospechoso y le creyeron espía; una hermosa mujer le hirió con un cuchillo. Pero sin desalentarse continuó sus pesquisas a través de las tabernas, las posadas, las casas de prostitución, los garitos, los tugurios, los merenderos de la muralla, entre los chalanes y entre los asesinos.

Al verle desmejorado, fatigado, silencioso, triste, su madre se angustiaba y decía:

—Es preciso casarle pronto. Lástima que la señorita de la Verdeliere no tenga un buen dote.

Tampoco el padre Patouille ocultaba su inquietud:

—Este mozo atraviesa una crisis moral.

Y Renato d'Esparvieu le contestaba:

—Más bien creo que sufre la influencia de alguna mala mujer. Tendríamos que procurarle ocupaciones que le absorban y le halaguen. No me sería difícil conse-

guir que le nombraran secretario del Comité conservador de las iglesias rurales, o abogado consultor del Sindicato de los pizarreros católicos.

CAPÍTULO XVII

Donde se averigua que Sofar, tan ansioso de riquezas como Mammon, prefirió a su patria celestial esa Francia, tierra bendita del Ahorro y del Crédito, y se demuestra una vez más que los ricos recelan de cualquier innovación.

La existencia de Arcadio era obscura y laboriosa. Trabajaba en una imprenta de la calle de San Benito y vivía en una buhardilla de la calle Moufetard. Una vez que se declararon en huelga sus camaradas consagró todo su tiempo a extender sus ideas, con tanta fortuna que atrajo al partido rebelde más de cincuenta mil ángeles custodios, los cuales, como había supuesto muy acertadamente Zita, estaban descontentos de su condición e interesados por las tendencias del siglo. Pero faltó de dinero, y por consiguiente de libertad, no podía emplearse como deseaba en la instrucción de los hijos del Cielo. Por idéntico motivo el príncipe Istar confeccionaba menos bombas y las perfeccionaba menos de lo necesario; sólo producía en abundancia pequeñas manufacturas de bolsillo. Habíalas depositado a montones en el aposento de Teófilo, y a diario dejaba olvidadas algunas en los divanes de los cafés. Pero una bomba elegante, manuable, cómoda, capaz de destruir unos

cuantos edificios, cuesta de veinte a veinticinco mil francos. El príncipe Istar no era dueño de dos bombas semejantes. Con el ansia de procurarse dinero, Istar y Arcadio fueron juntos a solicitarlo del célebre hacendista Max Everdingen, el cual dirige, como es muy sabido, los más poderosos establecimientos bancarios de Francia y del Extranjero. En general se ignora que Max Everdingen no se formó en un vientre de mujer y es un ángel caído; en el cielo se llamaba Sofar y era el depositario de los tesoros de Ialdabaoth, que tanto codicia el oro y las piedras preciosas. En el desempeño de su cargo adquirió Sofar una inclinación apasionada por las riquezas, imposible de satisfacer en un país que desconoce la Bolsa y la Banca. Durante siglos y siglos mantúvose fiel al Dios de los hebreos y le consagró un ardiente amor, pero en los comienzos del siglo XX de la Era cristiana, desde lo más alto del firmamento puso los ojos en Francia y vió que bajo el nombre de República esa nación constituye una plutocracia, y bajo las apariencias de un Gobierno democrático los capitalistas ejercen poderío absoluto, sin limitaciones y sin censura. Desde aquel momento se le hizo insoportable la residencia del Empíreo, suspiró por Francia como su patria elegida, y una noche, cargado con todas las piedras finas que pudo coger descendió a la tierra para establecerse en París. Como no le faltaba codicia este ángel hizo muy brillantes negocios. Desde su materialización el semblante de Sofar no conservaba ningún vestigio celeste; reproducía con exactitud el tipo semítico y presentaba esas arrugas y contracciones que surcan los rostros de los banqueros y que ya tenían los pesadores de oro de Quentin Matsys. Sus primeras negociaciones fueron humildes y su fortuna insolente. Tomó por es-

posa una mujer fea, y el matrimonio pudo mirarse en sus hijos como en un espejo. En el hotel del barón Max Everdingen, situado en las alturas del Trocadero, rebotan los despojos de la Europa cristiana.

Arcadio y el príncipe Istar fueron recibidos por el barón en su despacho, una de las habitaciones menos ricas del hotel. Decoraba el techo un fresco de Tiepolo que fué gala de un palacio de Venecia; el escritorio había pertenecido al regente Felipe de Orleans; mezclábanse allí armarios, vitrinas, cuadros y estatuas.

Arcadio tendió una mirada sobre las paredes, y dijo:

—¿Cómo es posible que, siendo aún israelita de corazón, hermano Sofar, desprecies los mandatos de tu Dios que te prohíbe conservar imágenes talladas? Aquí veo un Apolo de Houdon, una Hebe de Lemoine, varios bustos de Caffieri; y a semejanza de Salomón en su vejez, ¡oh, hijo de Dios!, adornas tu casa con ídolos de naciones extranjeras. Tales son, en efecto, esa Venus de Boucher, ese Júpiter de Rubens y esas ninfas que deben al pincel de Fragonard el almíbar de grosella que se desliza entre sus nalgas sonrientes. Sólo en esa vitrina reúnes, Sofar, el cetro de San Luis, seiscientas perlas del collar de María Antonieta, el manto imperial de Carlos V, la tiara cincelada por Ghiberti para el Papa Martín V Colonna, la espada de Bonaparte y ¡qué sé yo cuántas cosas más!

—¡Bagatelas!—insinuó Max Everdingen.

—Mi querido barón—dijo el príncipe Istar—. ¡Si hasta posees el anillo que Carlomagno puso en el dedo de una hada, y que se creía perdido!... Pero abordemos ya nuestro asunto: mi amigo y yo venimos a pedirte dinero.

—Lo suponía—respondió Max Everdingen—. Todo

el mundo pide dinero, y sólo difieren los motivos. ¿Para qué lo queréis vosotros?

El príncipe Istar dijo sencillamente:

—Para organizar la revolución en Francia.

—¿En Francia?... ¿En Francia?—repitió el barón—.

Pues bien: estad seguros de que, para eso, no podéis contar conmigo.

Arcadio manifestó que se prometía de su celestial hermano algún desprendimiento y generosa protección.

—Nuestros planes—dijo—son amplios. Abarcan el Cielo y la Tierra. Los tenemos ya minuciosamente detallados. Empezaremos por la revolución social en Francia, la extenderemos después por Europa, y al fin por todo el planeta. Luego provocaremos la guerra en el Cielo, donde pensamos establecer una democracia pacífica. Pero, para adueñarnos de las ciudadelas del Cielo, para invadir el Monte del Señor, para asaltar la Jerusalem celeste, necesitamos un ejército numeroso, un material de guerra enorme, máquinas formidables, electróforos de una potencia desconocida en la actualidad. Carecemos de recursos para adquirir lo que nos falta. La revolución europea no exige cuantiosos desembolsos, y menos aún si empieza en Francia.

—Sois completamente locos—exclamó el barón Everdingen—, locos y mentecatos. Sabed que no sería conveniente en Francia ni la más insignificante reforma; todo en esta nación es perfecto, definitivo, intachable oídlo bien: intachable.

Y para reforzar sus afirmaciones, el barón Everdingen dió tres manotazos sobre el escritorio del Regente.

—Opinamos de muy distinta manera—dijo Arcadio con amabilidad—. Creo, como el príncipe Istar, que

debe mudarse todo en este país. Pero ¿adónde nos conducirían las discusiones? No podemos perder tiempo, hermano Sofar: venimos a ti en nombre de quinientos mil espíritus celestes resueltos a intentar desde mañana la revolución universal.

El barón Everdingen les increpó, les llamó visionarios y les dijo que no les daría ni un céntimo, porque sólo a criminales o a los locos puede ocurrírseles atentar contra lo más admirable del universo, contra lo que dió a la Tierra una hermosura de que el Cielo carece: contra el mundo de los negocios.

Hablaba como un profeta; poetizaba; su corazón se estremecía como un arpa celeste. Presentó la francesa costumbre de ahorrar, la virtuosa costumbre del ahorro, esa costumbre ahorradora, casta y pura, semejante a la virgen del Cantar bíblico, que abandona sus campestres lejanías, con saya lugareña, para ofrecer al amado que la aguarda robusto y espléndido, al Crédito, el tesoro de su amor. Y describió al Crédito que, ya enriquecido por las dádivas de su esposa, derrama sobre todos los pueblos del universo torrentes de oro, a su vez deshechos en múltiples hilos invisibles para enriquecer con su abundancia el bendito suelo de donde brotaron.

—Por el ahorro y el Crédito, llegó a ser Francia la Nueva Jerusalem que resplandece sobre todas las naciones de Europa; los reyes de la Tierra vienen y se postran ante sus pies de plata para besarlos... ¡Y vosotros meditáis la destrucción de todo esto!... ¡Sacrílegos! ¡Impíos!

Así hablaba el ángel de los negocios; llamearon sus pupilas y un arpa invisible vibró al par de sus palabras.

Entre tanto Arcadio, apoyado con indolencia en el escritorio del Regente, extendía ante los ojos del barón

los planos del suelo, del subsuelo y del cielo de París, en los que unas crucecitas rojas marcaban los lugares donde simultáneamente debían colocarse bombas en las bodegas y sótanos, arrojarse en la vía pública o lanzarse desde una flotilla de aeroplanos. Todos los establecimientos de crédito, y en particular el Banco Everdingen y sus sucursales, hallábanse marcados con crucecitas rojas.

El barón se encogió de hombros:

—¡Vaya! Me convenzo de que sois unos miserables vagabundos, acosados por todas las policías nacionales e internacionales. Sin dinero, ¿cómo es posible que fabricéis tantísimos artefactos?

Por toda respuesta, el príncipe Istar sacó del bolsillo un cilindro de cobre y lo presentó delicadamente al barón Everdingen.

—Mira este juguetito. Me bastaría dejarlo caer en el suelo para reducir inmediatamente a un montón de humeantes cenizas tu magnífica residencia y promover un incendio que devorase todo el barrio del Trocadero. Tengo diez mil como éste, y fabrico tres docenas diarias.

El banquero suplicó al querube que retirase de su vista el peligroso mecanismo, y dijo en tono conciliador:

—Amigos míos: inmediatamente podréis intentar la revolución en el Cielo si dejáis aquí las cosas como están. Voy a extender un cheque a vuestro nombre que os permita adquirir todo el material necesario para emprender la conquista de la Jerusalem celeste.

Y al decir esto, el barón Everdingen imaginaba ya un magnífico negocio de electróforos y de bastimentos de guerra.

CAPÍTULO XVIII

Donde principia el relato del jardinero que descubre los destinos de la sociedad en un discurso de tendencias tan magnificas y elevadas, como las del «Discurso acerca de la Historia Universal» escrito por Boussuet son deprimentes y mezquinas.

Arcadio y Zita descansaban al abrigo de un cenador cubierto de enredaderas adonde les condujo el viejo, en el fondo del jardín.

—Arcadio—dijo el arcángel revestido con femenina hermosura—: es posible que Nectario te revele ahora lo que tanto ansías conocer. Suplécate que hable.

Ante la insistencia de Arcadio el buen jardinero dejó su pipa y les habló de esta manera:

—Yo le conocí; era el más hermoso entre los Serafines; distinguíase por su inteligencia y su audacia; en su magnánimo corazón florecían todas las virtudes que nacen del orgullo: la franqueza, el valor, la tenacidad ante las dificultades, la confianza en sí mismo. En aquellos tiempos que precedieron a los tiempos, en el cielo boreal donde brillan las siete estrellas magnéticas habitaba un palacio de diamante y de oro, sin cesar estremecido por cantos de gloria y rumores de alas. Sobre su montaña, Iahaveh sentíase celoso de Lucifer.

«Lo sabéis por experiencia: los ángeles alientan, como los hombres, el odio y el amor; son capaces de resoluciones generosas, pero se inclinan al interés y ceden al miedo.